

estas amenazas. Cada día se reúnen en gran número para perder su honor y su dinero; son gentes que no saben hablar ni callarse.—Pedro, responde Gualtero, si hay que creer á nuestro conde Hurepel y al Bretón y al atrevido Barrois y al señor de los Borgoñones, antes de que pasen las rogativas veréis la farfanteonería de los de Champaña tan completamente humillada, que no habrá rey que les pueda defender. Mientras tanto, el cardenal y el rey hace poco que les han puesto á mal, por consejo de la dama Hersent...—Gualtero, dijo Pedro, yo no me atrevo á fiar en ellos; son demasiado tardos en empezar. Han dejado pasar el buen tiempo y ahora viene la lluvia. Y cuando se van de la corte, según ellos dicen, reñidos con ella, sabed que dejan siempre atrás á algunos de los suyos para arreglar la prolongación de las treguas.»

La tempestad esperada, diferida, estalló en 1230. En el mes de enero Enrique de Bar entró en las tierras del duque de Lorena, aliado de los de Champaña, y quemó setenta aldeas. Pedro Mauclerc, que volvía de Portsmouth, donde había incitado á Enrique III para que activara sus preparativos de invasión—la tregua entre Francia é Inglaterra había llegado á su término en julio de 1229,—hizo notificar á Luis IX que no se consideraba ya como su vasallo y que transfería su homenaje al rey inglés. El conde de Boulogne envió á dos caballeros para que desafiaran á Thibaut, anunciando su designio de vengar la muerte de Luis VIII. En fin, á principios de mayo, un ejército inglés bastante numeroso desembarcó en Saint-Maló y en Port-Blanc; Enrique III, persuadido de que iba á recobrar por fin los antiguos dominios de los Plantagenets, había, según se dice, llevado en su equipaje un manto de ceremonia, una corona y un bastón real de plata dorada, para lucirlos después de la victoria.

Blanca de Castilla y Luis IX estaban en Anjou cuando empezó la lucha, después de la llegada de Enrique. Escaramuzas sin importancia. Por ambas partes, en vez de avanzar, los jefes negociaban para procurarse aliados: Pedro Mauclerc trataba de reconciliarse con la nobleza y el clero de Bretaña; la reina Blanca celebraba tratados con algunos barones del Poitou: Godofredo de Argenton, Raimundo de Thouars, hasta el mismo Hugo de la Marche. Sin embargo el ejército de Francia, en el que habían ido correctamente á servir la mayor parte de vasallos del Este y del Norte, á pesar de la guerra declarada entre ellos, Thibaut de Champaña, Fernando de Flandes, el conde de Nevers, quizás también el conde Hurepel, fué el primero en replegarse. En el campamento delante de Ancenis, se declaró á Pedro Mauclerc decaído del feudo de la Bretaña por causa de delito; la reina se apoderó prontamente de Ancenis, de Oudón, de Champocéaux. Allí fué preciso detenerse; los barones, habiendo cumplido su servicio militar, volvieron á sus disputas, y la reina tuvo que seguirlos; á fin de junio ella estaba en París, y Mauclerc se aprovechaba de esto para tomar otra vez la ofensiva y sitiar á Vitry. Pero se la vuelve á encontrar pronto sobre la brecha, ocupada en vigilar las marchas y contramarchas desordenadas de los ingleses.

Enrique III daba entonces un espectáculo inesperado. Había decidido atravesar la Bretaña y el Poitou para dar la mano á sus vasallos de Gascuña y para ga-

narse de paso á los señores de la región comprendida entre el Loira y el Gironde. Logró, en efecto, algunas adhesiones, tomó á Mirambeau, hizo ocupar la isla de Olerón y llegó á Burdeos. Una vez terminado este paseo, lo volvió á comenzar en sentido contrario, de Burdeos á Nantes. Así perdió tres meses. Después de esto se encontró desprovisto de dinero, enfermo, á la cabeza de un ejército diezmado por el calor y la bebida; dejó quinientos hombres á Pedro Mauclerc, le pidió prestados seis mil marcos y se fué á descansar en Inglaterra de las fatigas de la campaña. A sus aliados del Poitou, los señores de Surgères, de Parthenai, de la Roche-sur-Yon, de Pons, los abandonó á su suerte, sin escuchar sus súplicas. «La reina Blanca, le escribía de un modo lastimero Renato de Pons, ha dicho que me desheredará ó que su hijo perderá la corona de Francia.»

Antes de abandonar el continente, en octubre, Enrique III supo sin duda el descalabro de los coligados, quienes al otro extremo del reino se habían puesto enfrente del amigo, del pretendido cómplice de la reina, Thibaut de Champaña. Los nobles de Picardía, reunidos bajo las órdenes de Hurepel, de los condes de Guines y de Saint-Pol, de Enguerrando de Coucy y de Roberto de Courtenay, habían asolado los valles del Vesle, del Marne y del Sena; respetaban las casas de los nobles, y los combates entre su caballería y la de Thibaut parecen haber sido poco sangrientos: se notó que en un combate importante bajo los muros de Provins, Thibaut, vencido, perdió hasta trece caballeros. Pero, lo mismo que en el Sudoeste, el país llano fué horriblemente devastado: Epernai, Vertus, Sézanne y un gran número de aldeas fueron presa de las llamas. Por su parte, los borgoñones «lo quemaban todo en las comarcas por donde pasaban.» Borgoñones y picardos habían efectuado su unión en la pradera de Isle-Aumont, y Troyes estaba en peligro, cuando el rey y la reina, que habían vuelto del Poitou, establecieron su campamento á cuatro leguas de dicha villa. «Ella mandó á decir al conde de Boulogne y á los barones, según cuenta el ministril de Reims, que estaba pronta á hacerles justicia si tenían quejas contra el conde de Champaña, pero que les prohibía hacer daño en los feudos del rey; ellos contestaron que no querían litigar, y dijeron (entre sí) que era costumbre de mujer preferir á cualquier otro el envenenador de su marido.» Según Joinville, los barones rogaron al rey que se retirase: «El rey les respondió que no provocarían á su gente sin que él la defendiese personalmente...» y añadió que prohibía al conde Thibaut tratar con ellos antes de que hubiesen desocupado la Champaña. «No fué preciso más para intimidar á los aliados; y Felipe Hurepel, acordándose por fin de que era príncipe de sangre y que no le convenía hacer vacilar las coronas, fué el primero en apercibirse de la «traición de sus amigos.» El ministril de Reims, quien, por lo demás, no estaba allí, pone de una manera bastante viva en escena el cambio de frente de Hurepel. «A fe mía, dijo el conde de Boulogne, el rey es mi sobriño y yo soy su vasallo ligio; sabed que ya no soy de vuestra alianza, sino que en adelante estaré á su lado con todo mi leal poder.» Cuando los barones le oyeron hablar así, á él, su jefe, se miraron estupefactos y le dijeron: «Señor, os habéis portado mal con nosotros, porque vos haréis las paces con la reina y nosotros perde-

remos nuestras tierras.—En nombre de Dios, dijo el conde, vale más dejar la locura que seguirla.» E hizo saber en seguida á la reina y al rey que estaba pronto á obedecerles... Los barones se dispersaron. Todos se volvieron á sus tierras, tristes de haber fracasado y de haberse atraído la malevolencia de la reina, porque la reina sabía amar y aborrecer á aquellos y aquellas que lo merecían y recompensar á cada uno según sus obras.» El hecho es que Hurepel concertó en septiembre una paz muy ventajosa para él con Flandes y la Champaña, y fué designado para dirimir como árbitro, en unión del conde Thibaut, las disputas entre sus amigos y sus adversarios de la vispera, Lorena y Bar, Chalón y Borgoña, etc. Cuando Luis IX celebró en Melún, en diciembre de 1230, el consejo en el que se promulgó una célebre ordenanza contra los judíos y los usureros, la paz estaba ya restablecida al Este; la ordenanza fué suscrita por Hurepel, Thibaut, Hugo de Borgoña, los condes de Bar, de Saint-Pol y muchos otros personajes que tres meses antes pretendían exterminarse.

Quedaban Mauclerc y los ingleses. Los ingleses que Enrique había dejado en Bretaña hicieron en Anjou y en Normandía algunas incursiones afortunadas; pero la nobleza bretona, hasta entonces casi toda ella fiel á la política de su príncipe, comenzaba á abandonarlo para reunirse á los franceses. En julio de 1231 se concertaron unas treguas, que debían durar hasta el día de San Juan de 1234, entre el rey de Francia, de una parte, y de otra el rey de Inglaterra y Pedro de Bretaña; Mauclerc se comprometió á no aparecer «en Francia» durante esos tres años; Luis IX retenía, naturalmente, todo lo que había conquistado: Bellême, Angers, etc. Entonces se construyó en Angers, á orilla izquierda del Maine, la célebre fortaleza que existe todavía.

En la primavera de aquel feliz año (1231) se llegó también á un acuerdo, gracias á la mediación del papa, entre el gobierno real y la Universidad de París. El barrio latino se pobló de nuevo.

IV.—Últimos años de la regencia

Sería preciso tener más noticias de las que se tienen sobre los hombres y las cosas del tiempo y sobre las intrigas que siguieron á la pacificación general, para comprender cómo Thibaut IV, salvado en 1230 por la intervención de la reina, tuvo en 1232 la veleidad de unirse contra ella á su peor enemigo. ¿Cómo explicarse que Thibaut, habiendo quedado viudo, pensara en casarse con una hija de Pedro Mauclerc? No se explica esto. «Se fijó el día, dice Joinville, en que el duque de Champaña debía casarse con la joven en una abadía premonstratense, cerca de Château-Thierry, que se llama Valsecret... Y cuando el conde de Champaña iba ya á casarse, el señor Godofredo de la Chapelle fué á encontrarle de parte del rey y le dijo: «Señor conde, el rey ha sabido que habéis convenido con el conde de Bretaña en tomar á su hija en matrimonio; el rey os manda á decir que no lo hagáis si no queréis perder todo lo que tenéis en el reino de Francia, porque sabéis que el conde de Bretaña le ha hecho más daño que ningún hombre viviente.» En septiembre, Thibaut, dócil, se casó con Margarita, hija de Arquimbaldo de Borbón,

señor conocido por su fidelidad á la corona y amigo particular de Luis VIII.

Se explica mucho mejor que los barones, Hurepel en primer término, guardasen rencor á Thibaut por su fracasado proyecto en Champaña, y que, para inquietarle, hicieran venir de Oriente á Francia á aquella Alix, reina de Chipre, cuyos derechos habían ya reivindicado hacía poco tiempo. Alix tenía partidarios en Champaña, á pesar de que Gregorio IX se había muy claramente pronunciado contra ella en varias ocasiones; las revueltas que desolaron de nuevo el condado en 1233, quizás se efectuaron en su nombre. Pero Hurepel murió en enero de 1234, seis meses después que el conde de Flandes y dos meses antes que Roberto de Dreux. Los hombres que habían figurado en la Fronda de los primeros años de la regencia desaparecían. Alix debió considerarse muy afortunada al renunciar en septiembre sus pretensiones en presencia del rey, por dos mil libras de renta y cuarenta mil pagadas de una vez. Como Thibaut de Champaña no disponía, á lo que parece, de cuarenta mil libras al contado (aunque había heredado en abril la corona de Navarra por la muerte de su tío), fué Luis IX quien aprontó la cantidad, pero se hizo ceder en cambio el señorío directo del condado de Blois, del condado de Chartres, del condado de Sancerre y del vizcondado de Chateaudún. «Algunos decían, refiere Joinville, que el rey no recibió esos feudos más que en prenda; pero no es verdad, porque yo le pregunté sobre este punto y me dijo lo contrario.»

Es también muy natural que Mauclerc tratara de vengarse, durante la tregua, de aquellos de sus vasallos que le habían hecho traición, y que se preparara, de acuerdo con Enrique III, á recomenzar en el día señalado la guerra contra Francia. Tenía necesidad de una nueva lección, y la recibió. Como el rey de Inglaterra, siempre pródigo de promesas, irresoluto y vacilante, no envió más que socorros de poca importancia, Mauclerc se abandonó de una manera definitiva y completa á la voluntad de la reina y del rey de Francia, en París, en noviembre de 1234 (1). Del mismo modo que antes había ocurrido con Fernando de Flandes y Raimundo VII, fué tratado sin dureza: cedió algunas plazas, prometió ser fiel, entregó prendas, pero conservó el gobierno de la Bretaña hasta la mayor edad de su hijo. Después de la sumisión de Mauclerc, los ingleses y los bretones se hicieron la guerra en la Mancha; y En-

(1) Véase el *Privilege aux Bretons*, pieza satírica compuesta con motivo de este tratado (*Histoire littéraire*, XXIII, 421). Las chanzas clásicas, en la Edad media, con respecto á los bretones (que ejercían entonces en las ciudades del Norte de Francia las profesiones de mozos de cuerda, de vendedores de escobas, de poceros, etc.) están allí graciosamente acumuladas.



Sello de Margarita de Provenza

rique III, reñido con todos sus aliados, tuvo que pactar, en agosto de 1223, una nueva suspensión de armas, valedera durante cinco años.

A la fecha de renovarse la tregua con Inglaterra Luis IX era ya mayor de edad. La guarda de la reina había concluído. Había terminado de derecho, pero de hecho Blanca de Castilla no había cesado de ser omnipotente en la corte; ninguna transferencia de poderes se había realizado, ni aun siquiera por forma. Nada había cambiado en Francia cuando el rey entró, en 25 de abril de 1234, en los veintidós años; ninguna nueva fórmula de cancillería indicó la inauguración de un nuevo régimen. Sin embargo, se conviene generalmente en detener hacia esa época la historia de la minoridad de un príncipe que por piedad filial quiso quedar con respecto a su madre en un estado de minoría perpetua. Es, en efecto, una parada desde la cual se abraza con comodidad la obra cumplida por la «regente (1).»

Luis IX, mayor de edad, se encontró dueño de un reino relativamente tranquilo. De los grandes vasallos tan amenazadores ocho años antes, unos habían sido reducidos por las armas, como Pedro Mauclerc y Raimundo VII; otros, como Felipe Hurepel, habían muerto y la corona reglamentaba la sucesión de los mismos. El dominio real se había acrecentado con las senescalías de Beaucaire y de Carcasona, quitadas al conde de Tolosa, y con el dominio directo de los cuatro feudos, comprado al conde de Champaña. La nobleza parecía dispuesta a buscar en la cruzada de ultramar el consuelo de sus contratiempos y el empleo de su turbulencia: Mauclerc, Thibaut, Enrique de Bar, Hugo de Borgoña, Juan de Chalón, Guido de Nevers eran cruzados. El rey de Inglaterra se retiraba después de dos campañas desgraciadas. En fin, el casamiento del rey con Margarita, hija del conde de Provenza, vasallo del imperio, había extendido la influencia de la dinastía en el valle del Ródano.

Estos resultados hacen honor al gobierno de Blanca de Castilla. Pero todavía se tienen otras pruebas de la bienhechora firmeza de su gobierno. Su piedad excepcional no impidió a la reina Blanca que se condujera con respecto al clero como lo habían hecho sus predecesores. Castigó a varios prelados: dos arzobispos de Ruán, Tebaldo y Mauricio, y el obispo de Beauvais, Miles de Nanteuil. El caso de Beauvais es célebre. Miles de Nanteuil, hombre de espada, que había guarecido durante tres años en favor del papa en el ducado de Espoleto, fué acusado de no haber castigado con bastante rigor una insurrección de la plebe contra la aristocracia burguesa de su ciudad episcopal. Contra la voluntad del mismo, el rey entró en Beauvais para hacer justicia y cogió al obispo. El entredicho, que fué pronunciado por el obispo y después por el arzobispo de Reims (Enrique de Dreux, cómplice impune de los coligados de 1230), no conmovió a nadie. Una tentativa de intervención por parte del legado fué rechazada por la corte del rey. El conflicto no se terminó más que

(1) Blanca de Castilla no llevó jamás el título de «regente.» Este título no se usaba en el siglo XIII para designar a las personas investidas de la autoridad real durante la ausencia o la minoridad del rey. El primer «regente» fué Felipe el Largo, después de la muerte de Luis X, en 1316.

por la sumisión del segundo sucesor de Miles en la silla de Beauvais. Las *Crónicas de Saint-Denis* han popularizado otro incidente del mismo género, muy característico también, que ocurrió durante la segunda «regencia» de Blanca, es decir, durante la estancia de Luis IX en Palestina. El cabildo de la Iglesia de París había hecho arrestar en masa a sus siervos y a sus villanos de Orli, de Chatenai y de las aldeas vecinas, porque se negaban a pagar un tributo; los detenidos se quejaron al rey; los canónigos los castigaron amontonándolos en calabozos, en los cuales varios hombres, mujeres y niños «murieron de calor.» Entonces la reina Blanca, acompañada de fuerza armada, se dirigió a la cárcel del cabildo, y con un bastón que tenía en la mano dió el primer golpe en la puerta, que fué en seguida derribada por su gente. Las temporalidades de los canónigos fueron embargadas. En aquel tiempo el embargo de las temporalidades era, como ya se sabe, el gran argumento de las autoridades laicas en sus conflictos continuos con los clérigos.

CAPITULO II

LUIS IX Y SUS FAMILIARES (1)

- I. Luis IX.—II. Dichos y máximas de Luis IX.
III. Los familiares de Luis IX

I.—Luis IX

De la juventud de Luis IX, vigilada por Blanca de Castilla, únicamente se sabe lo que el rey se complacía en contar más tarde a sus familiares. Su madre le había dicho muchas veces que antes querría que muriese que verle cometer un pecado mortal; esta palabra le impresionó vivamente. Recordaba también con gusto que, cuando iba a jugar al bosque ó junto al río, iba siempre

(1) Cuando el papa Bonifacio VIII resumió en 6 de agosto de 1297 el largo proceso de la canonización de Luis IX, empezado en 1273, declaró que la última información había necesitado para ella sola más escritos de los que un asno puede llevar. Todos los que habían conocido a Luis IX fueron invitados a contar sus recuerdos, los dichos que había manifestado en su presencia. Los rollos de estos informes de canonización parecen haber desaparecido de los archivos de la Santa Sede; sólo se conservan pequeños fragmentos (publicados por H. Fr. Delaborde en las *Memorias de la Sociedad de la historia de París y de la Isla de Francia*, XXIII, 1896); pero tenemos las declaraciones ampliadas, bajo forma de Memorias, de tres de los principales testigos: Godofredo de Beaulieu, confesor del rey; Guillermo de Chartres, su capellán; Juan de Joinville, su amigo. Además fray Guillermo de Saint-Pathus, confesor de la reina Margarita durante diez y ocho años, que tuvo en sus manos los rollos de los jueces inquisidores, ordenó metódicamente (entre diciembre de 1302 y octubre de 1303) los extractos que de ellos había hecho en su libro en latín, cuya traducción francesa se ha conservado bajo este título: *Vie monseigneur Saint-Louis* (edición Delaborde, 1899). No es probable que el confesor pasara a su compilación, como se ha dicho, «toda la substancia» de los documentos que sirvieron para la canonización del santo; pero es cierto que recogió los principales. Son testimonios directos de una precisión, de un colorido y de una frescura extraordinarios. Hay que añadir a los mismos el eco de la tradición popular, que nos ha sido transmitido por las historietas tomadas de la biografía verdadera ó legendaria del héroe, con las cuales los predicadores del tiempo de Felipe III y de Felipe IV gustaban de adornar sus sermones.

Los historiadores de la Edad media no disponen á menudo de

acompañado de su maestro, que le enseñaba las letras y que le golpeaba de vez en cuando. Fué educado «noblemente,» según convenía a un príncipe, pero muy piadosamente, a la española: todos los días oía misa y asistía a vísperas y a las horas canónicas. Era un muchacho muy juicioso, muy tranquilo; evitaba los juegos inconvenientes y las niñerías; no tuteaba a nadie; no cantaba «las canciones del mundo,» y a uno de sus escuderos que las cantaba le hizo aprender, en lugar de ellas, antifonas de Nuestra Señora y el *Ave, maris Stella*, «aunque esto fuera muy difícil.» Desde muy temprana edad fué caritativo. Cuando todavía era muy joven, refiere Esteban de Borbón, de acuerdo con la tradición popular, que una mañana un gran número de pobres estaban reunidos en el patio de su palacio aguardando la limosna. Aprovechándose de la hora en que todos dormían, salió de su cuarto, acompañado solamente de un servidor cargado con una fuerte suma de dinero, y lo distribuyó entre los pobres. Volvía a entrar, cuando un religioso que le había visto desde una ventana le dijo: «Señor rey, he visto vuestras fechorías.—Querido hermano, respondió Luis, los pobres son mis asalariados; son ellos los que atraen para mi reino la bendición de la paz; no les he pagado toda mi deuda.»

Los retratos antiguos de Luis IX son bastante numerosos, pero inciertos, contradictorios (1). Se sabe, sin embargo, que la reina Isabel, su abuela, le había transmitido la renombrada belleza de los príncipes de la casa de Hainaut, que se perpetuó por Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso en la línea floreciente de los últimos Capetos directos. «El rey, dice el franciscano Salimbene, que lo vió en 1248, era alto y delgado, *subtilis et gracilis, convenienter et longus*, con un aspecto angélico y una cara llena de gracia.» «Jamás, dice Joinville en su relación de la batalla de Mansourah, vi un hombre tan hermoso armado, porque sobrepujaba a sus caballeros de toda la cabeza, que llevaba cubierta con un yelmo dorado, y con una espada de Alemania en la mano...» Hay que representárselo joven, con abundante cabellera rubia; más adelante, y temprano todavía, calvo y un poco encorvado. Su cuerpo, que sometía a excesivas maceraciones, tenía más elegancia que vigor. Todos aquellos que lo vieron están conformes en decir que tenía el aspecto franco, afable y reflexivo. Tenía «ojos de paloma.» Su traje era sencillo. Los monjes, sus apologistas, exageran cuando dicen que desde los veinte años renunció enteramente a los magníficos vestidos que la reina Blanca le hacía llevar, por razón de su rango, desde la infancia. Pero después de su regreso de la cruzada de 1248, se observó en su manera de vestir, como en toda la conducta de su vida, una reforma notable: renunció a las pieles preciosas, al vero, al gris; sus túnicas estuvieron en adelante forradas de piel de cordero, de conejo y de ardilla; ya no más colores resplan-

fuentes tan adundantes y de tan buena calidad. Luis IX es quizá el solo personaje de la Edad media del cual es posible formarse un concepto tan preciso como de Enrique IV ó de Luis XIV. Por esto eruditos y escritores, tales como MM. Vitet, Vallón, Lecoy, etc., han tratado de esbozar la fisonomía del rey santo. Los «retratos» modernos de Luis IX son innumerables. El último, por orden de fechas, es el M. Sepet: *Saint-Louis*, 1898. Consúltese «Revue de París,» 1.º de septiembre de 1897.

(1) A. Longnón, *Documents parisiens sur l'iconographie de Saint-Louis*, 1882.

decientes: llevó en invierno vestidos de lana oscura y en verano seda parda ó negra. Los arneses de su caballo eran blancos, sin pinturas; sus espuelas y sus estribos eran de hierro sin dorar. Nos lo representaremos siempre tal como lo vió Joinville un día de verano en su jardín de París, «vestido con una cota de camelote, una sobrecota de tiritaña sin mangas, un manto de cendal negro alrededor del cuello, muy bien peinado y sin redecilla, y cubierta la cabeza con un sombrero de plumas de pavo real blanco (2).» Traje casi eclesiástico, que contribuyó sin duda, tanto como la reputación de santidad del personaje, a inspirar a un mensajero del conde de Güeldre la malévolas descripción que refiere Tomás de Cantimpré: «Este miserable devoto, ese rey mojado, con el cuello torcido y el capuchón sobre la espalda...»

El enviado de Güeldre no es el único que haya dirigido contra Luis IX, en vida del mismo, la acusación de «mojigatería.» Entre sus súbditos (en general poco devotos), muchos, señores y gente del pueblo, sonreían ó se indignaban de la extraordinaria piedad del rey (3). Le llamaban «fray Luis,» *frater Ludovicus*. Se conoce la historia de esa mujer llamada Sareta de Failloel, que acechó un día al rey en el momento en que bajaba de sus habitaciones y le interpeló en estos términos: «¡Quita allá! ¿Tú deberías ser rey de Francia? Más valdría que otro fuese rey, porque tú no eres rey más que de los frailes menores, de los frailes predicadores, de los sacerdotes y de los clérigos; es lástima que tú seas rey de Francia; es gran maravilla que no te echen fuera...» ¿Esos sarcasmos populares y la censura más discreta de las personas bien educadas eran, por ventura, legítimos? ¿Es verdad que San Luis estaba hecho, como se dijo en su tiempo y se ha dicho en nuestros días, más para el claustro que para el mundo?

Es cierto que los clérigos, biógrafos de San Luis ó testigos oídos en el proceso de su canonización, cuentan rasgos singulares de la devoción de este príncipe. Los biógrafos, Godofredo de Beaulieu, Guillermo de Chartres, dan la suma de las horas que Luis pasaba cotidianamente en sus oraciones. A media noche se vestía para asistir a los maitines en su capilla; se volvía a acostar medio vestido, y por temor de prolongar demasiado su sueño, indicaba a sus servidores una cierta longitud de bujía de cera y les daba la orden de despertarle cuando dicho trozo se hubiera consumido, para asistir a la prima de las horas canónicas. Después de la prima, cada mañana oía por lo menos dos misas: una misa rezada, para los difuntos, y la misa del día, cantada; después, durante el resto del día, los oficios de tercia, de

(2) Alguien, después de la muerte del santo, le vió en sueños «en el mismo traje en que le había visto varias veces, es decir, con capa de mangas y bonete en la cabeza...» Se conservaba en Chaalis «un mantel de camelote castaño,» que se decía haberle pertenecido; una mujer, viuda de un escudero del santo, poseía «*son chapiaux de penes de paon*.»

(3) Hasta parece que algunos clérigos seculares estaban extrañados de su modestia, juzgándola excesiva: «Cometen pecado mortal, decía un predicador, esos frailes predicadores que aconsejan tanta humildad al rey.» Tomás de Cantimpré defiende a sus cofrades haciendo observar que Luis IX no se condujo, con respecto al particular, de una manera muy distinta que sus antepasados: «El muy glorioso rey Felipe, su abuelo, no se vestía más que de camelote en tiempo ordinario, y al rey Luis VIII, su padre, no le he visto nunca llevar la púrpura.»